



Las raíces de la pedagogía humanística

Piero Paolo Vergerio y el *De ingenuis moribus*



Angelo
Valastro Canale



Profesor de lenguas clásicas.
Universidad Pontificia Comillas
avalastro@comillas.edu

1. El difícil camino de una palabra

“Humanismo” y “humanidades” son dos de esos vocablos, al igual que ética, moral, “libertad”, “educación”..., que convendría abolir: en el nombre del humanismo se defienden ideas opuestas y las “humanidades” se han ido reduciendo a una simple opción escolar sin futuro, a una abstracción incomprensible alejada de cualquier realidad. En un mundo en el que las palabras se lanzan al aire sin preguntarse ni de dónde vienen ni a dónde van; en un mundo en el que el lenguaje dista mucho de ser “la casa del ser”; en un mundo en el cual la escuela (lejos de ser clásico *ludus*, es decir *juego* creador) se ha transformado en un aparcamiento al servicio de progenitores para los cuales los hijos son cadenas pesadas, ¿quién se pregunta cuál es el verdadero sentido del vocablo “humanismo”? Los responsables de los sistemas educativos y los así llamados “profesionales de la educación” no parecen hacerlo a menudo, víctimas como son del *Ahora*, divinidad terrible, hija de *Egoísmo* y nieta de *Miedo*. ¿Se preguntan acaso, estos responsables y estos profesionales, cuál es el verdadero sentido del verbo “educar”? En lugar de ser aquel gesto con el cual *educitur*, es decir, “se guía hacia fuera” de una persona, no sin su colaboración, lo bueno y lo malo que ésta tiene en su interior, para ayudarla a crecer, lo que llamamos hoy en día educación se ha transformado en su contrario: en una *in-ductio*, es decir, una *inyección*, a menudo dolorosa, en el sujeto discente, de determinadas capacidades prácticas finalizadas a transformar al sujeto mismo, y en el menor tiempo posible, en un pequeño engranaje del sonriente mecanismo productivo de felicidad sensorial



en el cual se ha transformado nuestra sociedad. No era así para los humanistas auténticos.

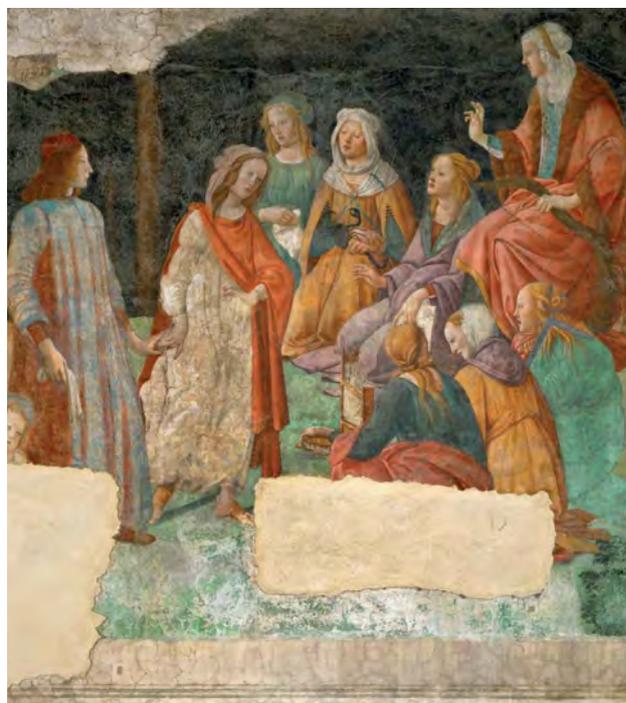
Miremos, pues, a los orígenes... Hacia finales del siglo XIV, las expresiones *studia humanitatis* y *studia humaniora* empezaron a hacer referencia a un conjunto determinado de disciplinas intelectuales (*grammatica, rhetorica, historia, poesia, moralis philosophia*), cuyo estudio, fundamentado en la lectura y en la interpretación de los autores latinos y, en grado menor, griegos, se consideraba imprescindible para la formación del hombre libre y *dignus*. Dicho conjunto de disciplinas constituye la base de aquel fenómeno extraordinario que denominamos, desde hace sólo doscientos años, humanismo. Nacido en el *humus* cultural de algunas ciudades del norte de Italia, como Padua y Verona, y avivado por la personalidad de Francesco Petrarca (1304-1374), este humanismo históricamente entendido llegó a su máximo esplendor en la Florencia del siglo XV, cuando la labor incansable de algunos cancilleres de la república florentina (Coluccio Salutati -1331-1406- y Leonardo Bruni -1370-1444- *in primis*), promovió un cambio de



perspectiva definitivo: “el humanismo del siglo XIV, que había mantenido las características medievales de un alejamiento del mundo, se transformaba ahora en un humanismo civil” (Baron), al servicio de la “cosa común” (*república*), antes del advenimiento sofocante de la señoría unipersonal de los Medici.

2. El primer maestro de una nueva época

Es precisamente al abrigo del mencionado Coluccio Salutati que fue madurando la vocación cívica del joven Pietro Paolo Vergerio, autor del primer tratado pedagógico humanístico, el *De ingenuis moribus et liberalibus studiis liber*. Nacido en Capodistria, la actual Koper (Eslovenia), entonces Iustinopolis, probablemente el 23 de julio del año 1370, hijo único de Vergerio de Giovanni de' Vergeri y Elisabetta de Azonis, Pietro Paolo estudió gramática y dialéctica en Padua (1385), antes de trasladarse a Florencia (1386), donde enseñó dialéctica, estudió derecho civil y adquirió los primeros conocimientos del griego antiguo. En la misma Florencia, entró en contacto con el humanismo incipiente, promovido por el mencionado Coluccio Salutati, y conoció al sabio sacerdote Francesco Zabarella, docente de derecho, que lo hospedó y lo presentó al príncipe Francesco Novello da Carrara, señor de Padua entonces en el exilio. Pietro Paolo, tal vez con la esperanza de llegar a ser preceptor del su hijo Ubertino, se puso al servicio de Francesco Novello, siguiéndolo antes a Bolonia (1388), donde enseñó dialéctica, emprendió el estudio de la física y de la medicina y compuso la comedia *Paulus, ad iuvenum mores corrigendos*, y luego a Padua (1390), donde siguió compaginando su labor docente con la de estudiante y entró a formar parte del círculo de Giovanni da Ravenna, humanista italiano de origen húngaro, del cual conoció a varios discípulos, entre ellos Guarino da Verona y Vittorino da Feltre, futuros maestros de maestros y auténticos gigantes de la historia de la pedagogía occidental. En Padua, Pietro Paolo publicó una edición del poema *Africa* de Francesco Petrarca y abrazó probablemente el estado eclesiástico. Entre 1397 y 1414, Pietro Paolo vivió en diferentes ciudades: Bolonia, Roma, donde conoció al cardenal Cósimo Migliorati, el futuro papa “humanista” Inocencio VII, de nuevo Bolonia, Florencia, donde perfeccionó el griego antiguo con el sabio Manuele Crisolora, Padua, donde compuso su obra maestra, el *De ingenuis moribus*, dedicado al mencionado Ubertino, y de nuevo Roma (1405), donde, en plena crisis del pontificado, entró al servicio de Inocencio VII y colaboró con otros grandes humanistas como Poggio Bracciolini o Leonardo Bruni.



Sus profundos conocimientos *utriusque iuris*, es decir del derecho tanto canónico como civil, llevaron a Pietro Paolo al Concilio de Constanza (1414-1418), donde fue elegido como uno de los cuatro *votorum scrutatores* y donde conoció al rey de Hungría y de los Romanos Segismundo de Luxemburgo, que lo honró con la corona de *poeta laureatus*. Del 1415 al 1426, Pietro Paolo trabajó al servicio de Segismundo, en calidad de *referendarius*, es decir de asesor jurídico, estableciéndose en 1418 en Hungría, donde decidió quedarse el resto de su vida, dedicándose a la traducción de textos clásicos, como la *Vida de Alejandro Magno* del historiador griego Arriano, y donde trabó amistad con intelectuales como János Vitéz y Gregorio de Sanok, llegando a ser considerado el auténtico “faro” del humanismo magiar.

El 4 de mayo de 1444, en presencia del notario imperial Pier Paolo de Buionis, Pietro Paolo Vergerio, *mente sanus licet corpore languens*, dictó su testamento. El 8 de julio de ese mismo año, olvidado por todos y tal vez víctima de ataques transitorios de demencia, murió en su casa. Quiso ser sepultado en la Iglesia de San Nicolás de los Frailes predicadores en Buda.

3. La formación del hombre libre

El *De ingenuis moribus et liberalibus studiis* (*De las nobles costumbres y de los estudios liberales*) fue escrito en Padua en los primeros seis meses de 1402.



Textos fuente

Al que posee ingenio noble y sobre todo al que está destinado a ejercer actividades sociales o a gobernar le conviene conocer la historia y la filosofía moral. Las demás disciplinas, de hecho, se llaman liberales porque les convienen a los hombre libres, pero la filosofía es liberal en el sentido de que su estudio hace libres a los hombres. De la ética aprendemos lo que conviene hacer, mientras que de la historia se sacan los ejemplos que debemos seguir. La primera expone los deberes de todos los hombres y lo que conviene a cada uno en particular, la segunda, presentándonos los dichos y los hechos de nuestros antepasados, nos enseña lo que deberemos hacer y decir en las diferentes circunstancias. A estas dos disciplinas, si no me equivoco, les sigue una tercera, es decir, la elocuencia, que también forma parte de la ciencia civil. A través de la filosofía llegamos a pensar rectamente, cosa entre todas la más importante; a través de la elocuencia, en cambio, aprendemos a hablar con elegancia y gravedad, para congraciarnos el corazón de la multitud. De la historia conseguimos ambas ventajas [...]: aprendemos todo lo que forma al hombre más noble y de excelente ingenio, es decir la capacidad de hablar bien y la aspiración a bien obrar.

[...] Este arte de la elocuencia, estudiada y alabada antaño por ingenios nobilísimos, en nuestros días ha sido puesto casi completamente en el olvido, desterrado hasta de los tribunales, en los cuales ya no se pronuncian ya discursos bien estructurados, sino que se procede de forma estrictamente dialéctica, aduciendo textos jurídicos, mientras que sabemos que, gracias a su elocuencia, muchos jóvenes romanos adquirieron fama y gloria, defendiendo a los inocentes y exculpándoles de las acusaciones. También la elocuencia de tipo deliberativo falta hoy en día en boca de los príncipes y los administradores de la cosa pública, porque éstos, en sus sentencias, prefieren arreglársela con pocas palabras, presentando al conejo sus razones desnudas y, como si no bastara, la mayoría grita "¡Bravo!" a quien expone sus propias ideas con facilidad, sin cuidar en nada el artificio retórico. Queda sólo el género demostrativo que, si no está del todo pasado de moda, es usado de forma conveniente, aunque a duras penas, por pocos, puesto que, a la hora de componer oraciones, se ha impuesto hoy la costumbre de alargarlas con artificios tales que el resultado es justo lo contrario del arte verdadero. Siendo esta la realidad, es preciso que el joven que queremos educar como debido aprenda de nosotros la manera de hablar de cualquier tema ornadamente, con fluidez y conforme a las buenas reglas.

Gnesotto, Attilio, *Petri Pauli Vergerii, De ingenuis moribus et liberalibus studiis adolescentiae*.

El propósito del autor fue el de explicar *quibus rebus exerceri ingenuos adolescentes quidque cavere conveniat*, es decir, "mediante cuáles actividades conviene que se formen los jóvenes dotados de buenas cualidades y de cuáles conviene, en cambio, que éstos se guarden".

El tratado se compone de dos partes, precedidas por una dedicatoria a Ubertino da Carrara, tercer hijo de Francesco Novello, señor de Padua. En la dedicatoria, Vergerio expone los tres deberes de los padres hacia sus hijos: 1. ponerles un *nomen honestum*, es decir, un nombre decoroso; 2. permitirles vivir en una *urbs egregia*, es decir, en una ciudad importante; 3. educarlos *bonis artis*, es decir, en artes provechosas. El último deber es, sin duda, el principal, porque será gracias a la práctica de las *artes bonae* y de las *liberale disciplinae* que los jóvenes podrán llegar a la posesión de la virtud, fin último de toda educación.

En la primera parte del tratado, Vergerio ilustra las principales características de un *liberale ingenium* en formación, es decir, las principales características de la índole propia de un joven que aspira a ser un hombre realmente libre, fueran cuales fueren las circunstancias en las que se viera obligado a vivir: 1. el *amor laudis et gloriae*, el amor a la alabanza y a la gloria; 2. el *parere libenter maioribus*, el obedecer de buena gana a los mayores; 3. el *ocium fugere* y el *disciplinae amor*, el rehuir el ocio y el amor a la disci-

plina; 4. el ser *natura benignus et facile placabilis*, es decir, el ser de naturaleza bondadosa y dispuesto al perdón.

Los instrumentos más eficaces para acompañar el desarrollo de un joven dotado de dichas características son, en opinión de Vergerio, los *homines probati*, es decir, los hombres de comprobada sabiduría, que brindan al adolescente un *speculum virtutis*, un espejo de virtud en el cual examinarse con sinceridad valiente. El joven, sobre todo el destinado a gobernar, elegirá con gran atención a sus maestros y, espejándose en ellos, aprenderá a conocer y a templar (*temperare*) sus propias tendencias naturales, para llegar a vestirse de la mencionada *virtus*, hábito precioso y perenne. La idea de Vergerio da vida al étimo de la palabra clásica *magister*: de hecho, "maestro auténtico" es el que lleva al *alumno* (es decir, el que se alimenta de la *auctoritas* del maestro mismo, de su capacidad de *augere -hacer crecer y prosperar-* al discípulo) a ser *magis*, es decir, a ser "más grande". Hoy en día, en pleno auge de los másteres, ¿quién recuerda que esta palabra mágica no viene de los Estados Unidos?

Después de la definición de *studia liberalia* como estudios *homine libero digna*, es decir "dignos de un hombre libre", definición derivada de un célebre pasaje de una epístola de Séneca a Lucilio, Vergerio introduce al lector en las diferentes disciplinas que constituyen a su juicio el currículo perfecto: la histo-



ria, que nos ofrece los ejemplos a seguir o a evitar; la filosofía moral, que nos muestra nuestros deberes y nos hace realmente libres; la elocuencia, que nos enseña a expresar con claridad nuestras ideas y nos brinda por tanto la herramienta clave de la vida civil; las letras, la gimnasia, la música, la poesía y el dibujo, esenciales para que la formación resulte completa; las matemáticas, la astronomía y las ciencias, que nos ponen en contacto con las maravillas de la Naturaleza; la medicina y el derecho, disciplinas útiles para la salud del cuerpo y para la vida diaria, aunque, en opinión del autor, no demasiado nobles; la teología, objeto puro de nuestra inteligencia.

Lejos de pensar que una persona pueda profundizar en todos los ámbitos del conocimiento, Vergerio defiende realísticamente la exigencia de una especialización progresiva, conforme a la índole de cada uno, enemiga de cualquier exceso y consciente de la necesidad del cuidado atento del cuerpo y de las sanas diversiones.

El *De ingenuis moribus* tuvo enseguida una enorme acogida en toda Europa: intelectuales y políticos como el italiano Coluccio Salutati, el francés Guillaume Fichet, el alemán Jakob Wimpfelling o el húngaro János Vitéz, al igual que maestros como los ya mencionados Guarino da Verona y Vittorino da Feltre, fueron algunos de los poseedores de los más de 200 códices y de las más de 40 ediciones antiguas de la obra •



PARA SABER MÁS

a. Sobre el Humanismo:

KRISTELLER, P. O. (1979). *Renaissance Thought and its Sources*, New York, Columbia University Press, 1979 (trad. española de PATÁN LÓPEZ, Federico, *El pensamiento renacentista y sus fuentes*, Fondo de cultura económica.

Cf. BARON, H. (1993). *En busca del humanismo cívico florentino. Ensayos sobre el cambio del pensamiento medieval al moderno*. México: Fondo de cultura económica.

RICO, F (2002). *El sueño del humanismo*, Barcelona: Destino, p. 29, nota 15.

b. Sobre Pietro Paolo Vergerio:

McMANAMON, J. M., SJ. (1996). *Pierpaolo Vergerio the Elder. The Humanist as Orator*, Temple, *Medieval & Renaissance Texts & Studies*, vol. 163. Disponible en www.archive.org (diciembre 2015).

c. El texto crítico del *De ingenuis moribus*:

GNESOTTO, A., *Petri Pauli Vergerii, De ingenuis moribus et liberalibus studiis adulescentiae. Libellus in partes duas*, en "Atti e Memorie della Regia Accademia di scienze, lettere ed arti in Padova", XXXIV (1918), pp. 75-157.